

LA HUELGA SALVAJE

EN este país, como somos tan burros para todo, no hacemos huelgas, sino que hacemos huelgas salvajes. Y claro, eso hay que regularlo. De ahí la regulación de la huelga.

Los ingleses, un suponer, van y se manifiestan en plan democracia, y piden sus derechos ordenadamente, y luego se van a ver a los alabarderos de Buskinham, o tíos del morrión o como se llamen, y esperan tranquilamente al día siguiente, o a la semana entrante, para saber qué han decidido los laboristas, los conservadores y la señora Thatcher, sobre sus peticio-

nes. Los franceses lo mismo. Si los campesinos se declaran en huelga, llenan las carreteras de berzas y de tractores, de manera que nadie pueda llegar a París a ver «Emmanuelle», y como todo el mundo quiere ver «Emmanuelle», pues en seguida se les da a los campesinos lo que piden, y encima la Legión de Honor, por portarse.

Y en este plan. Pero aquí no. Aquí vamos a la huelga salvaje, o sea sin regulación ni nada, sin orden, empujando, aunque sabemos que habrá para todos, y eso no puede ser, claro, de modo que ahora han decidido regular la huel-

ga, o sea las autoridades, y la regulación de la huelga es una cosa que tiene muchos apartados, muchos puntos A y B, mucho articulado, de modo que no hay obrero que se lo lea, pues los obreros españoles suelen tener pocas letras, y desisten de hacer la huelga.

—Oiga, que vengo de huelga —dice el obrero español, entrando en la oficina del contable de su empresa y quitándose la boina.

—¿Ya se ha leído usted todo el articulado al respecto, con la legislación contractual y el apéndice del último pleno?

—Servidor, con perdón, no lee

más que el «As. Color».

—O sea, que viene usted en plan huelga salvaje. Si es que no están ustedes maduros para la democracia.

Total, que el hombre se vuelve a poner la boina, porque se le pasma la nariz con la refrigeración de las oficinas, y desiste de hacer la huelga. A la huelga, aquí, se le llama huelga salvaje o asilvestrada. Hay otra huelga dentro de unos cauces, pero tiene tanta letra menuda que los obreros prefieren estudiar una carrera y hacerse peritos. O sea que no hay nada que temer.—TIO OSCAR.



LA INFORMACION

Pensar que un soldado griego corrió la Maratón para informar de la famosa batalla y cayó muerto luego de dar la noticia, y que en estos tiempos, que hay teléfono, telégrafo, teletipo, televisión, telerradio, telegrama, haya materias reservadas, es como para envenenarse con la cicuta, o, en caso de indigencia, con agua mineral. Oyes un rumor dramático, o cómico, o cómico-dramático, o épico, o trágico, o trágico-épico-cómico, corres hacia tu choza, le das a la tele, y te tragas el campeonato europeo de patinaje artístico como dos y dos son cuatro. Como decía aquél: ya te enterarás cuando te fusilen, macho, la información llega siempre, a veces con el último suspiro. Cómo será que fui el otro día a ver una gitana para que me viese las rayas de la mano y adivinase lo del Sahara y cuando estaba diciendo "te la digo, resalao", se interrumpió de golpe, y me soltó: "Leche, veo aquí que es materia reservada".

LOS JUDIOS

Mucha gente se pregunta cómo es que los judíos son tan listos. La mejor respuesta es: por la misma razón que las ratas son los mamíferos más inteligentes del mundo animal; claro, siglos de persecuciones y zancadillas y vida agitada le afinan la inteligencia a Cocoliso. En el caso de la ratas, todavía, tiene menos mérito, porque llevan así como diez mil años, tanto año da tiempo para cualquier cosa, pero los judíos empezaron su carrera de obstáculos hace menos de dos mil.

Los judíos, que, por cierto, en Irlanda del Norte cuentan como protestantes cuando se trata de repartir bofetadas, tienen además la curiosa característica de ser semitas sin serlo. Los semitas, como es sabido, van a la zaga de la revolución técnica, cuyos campeones son los nórdicos, y los judíos han estado siempre en primera fila cuando tocan a inventar. Esta paradoja resulta ininteligible si no se recuerda que los judíos centroeuropeos son alemanes disfrazados de judíos, que Moisés era egipcio, no semita, y, además, aunque lo fuese, mal podía ser judío quien inventó el judaísmo. Es sabido que la razón de que los españoles no hayamos inventado la bomba atómica es, simplemente, que tenemos demasiada sangre semita para inventar nada. De Ortega y Gasset cuentan que dijo en cierta ocasión: «Yo sospechaba que no había ciencia española, pero, después de leer los tres tomos de la "Ciencia Española" de Menéndez Pelayo, me siento completamente seguro de ello».

Ellos se quejan de que todas se las dan en un papo, pero, en el fondo, fomentan el antisemitismo, porque es la levadura que les induce a estar siempre alerta y en posición de ventaja. Una vez, allá en los años veinte, se corrió la voz por Moscú de que había llegado un cargamento de carne. Inmediatamente se formó una cola; a las tres horas o así salió un sujeto y dijo que la carne iba a ser menos de lo que se pensaba, «por favor, ¿tendrían los camaradas judíos la bondad de irse?». Se fueron, gruñendo, unos pocos. Así, de dos en dos horas, fueron echando a los ucranianos, a los lituanos, etcétera, hasta que no quedaban ya más que los rusos puros. El sujeto salió por última vez: «Eso de la carne resulta ahora que fue un falso rumor, pueden irse a sus casas y perdonen». «Claro», se fueron gruñendo los otros, «estos cabrones de judíos siempre reciben trato preferente».

Es, que pudiéramos decir, un arma de doble filo: el arte de ganar a fuerza de salir perdiendo.

